

Reseña

El Incomprendido Papel de la Universidad: Producir Desempleo

Título: Estado, Ideología y Educación.

Autor: Orlando Alborno.

Edición: Publicaciones de la Universidad de Carabobo, Venezuela.

No. de páginas: 198.

Año: 1998.

En el libro de Orlando Alborno, *Estado, Ideología y Educación*, encontramos la ramificación asistemática, algo caprichosa y compulsiva de una idea central y contundente:

Las deficiencias del aparato escolar han sido convertidas al discurso del fraude, con propósitos ideológicos muy bien definidos, orientados a trasladar el control del aparato escolar al sector privado, con fondos públicos.

Ocurre que todo el libro parece estar conmovido por la declaración del entonces Ministro de Educación, Antonio Luis Cárdenas, pronunciada durante el segundo Gobierno del Dr. Rafael Caldera: “*La educación es un fraude*”. Alborno procura contextualizar la frase, descubrir los mecanismos no tan secretos que llevan a su pronunciamiento, que la justifican y la convierten en la bandera de un plan orquestado a favor de un aparato escolar que atenta contra los principios mismos de la educación. Ciertamente, la frase apunta a la privatización del aparato escolar sobre la excusa de un mejor funcionamiento, a lo que Alborno responde, en primer lugar, distinguiendo entre aparato escolar y maquinaria educativa, en segundo lugar, alertando sobre la incoherencia de una modernización tecnológica meramente retórica y de nocivo impacto en las esmirriadas estructuras físicas e inmateriales de las instituciones educativas. Con lo primero se esquivo el fondo del problema, y con lo segundo, se abona el suelo para una mayor desigualdad. De hecho, la frase de Cárdenas y la ideología que la sostiene, apuntan sólo al aparato escolar, eludiendo la responsabilidad del “Estado doliente” de administrar y supervisar el

proyecto educativo nacional. Albornoza afirma que no existe tal fraude, y que la crisis en la educación no es más que el producto de la desigualdad propia de un estado de privilegios y abandonos que han configurado el perfil populista de Venezuela. Ha fracasado pues la educación pública, pero como ha de fracasar todo ente desdibujado y recreado por el clientelismo y las erradas políticas administrativas. De modo que en momentos en los que se discute la privatización de las empresas del Estado, la frase adquiere una sobredimensión evidente, localizable, y blanco fácil de diversos cuestionamientos. De una y mil maneras Albornoza advierte lo que esconde la propuesta de privatizar el aparato escolar, le sirven de parámetro las escuelas y universidades privadas, “empresas sin fines de lucro”, que él trueca en *empresas de lucro sin fines*. O bien, que sus fines no son los académicos. Para validar la educación universitaria, pública o privada, bastaría según Albornoza, la participación creadora y por ende competitiva en la comunidad internacional del saber. De más está decir que una participación con estas características reclaman una alta inversión, algo que no entra en los planes de los intereses ocultos detrás del discurso del “fraude”, el “fracaso”, el “caos”, porque el negocio consiste precisamente en invertir lo menos posible (máxime si el propio Estado es el más fuerte inversor y la empresa privada la preclara —no transparente— administradora) y obtener el mayor provecho. Ahora bien, el solo hecho de encontrarse las universidades —gran parte de las públicas pero en su totalidad las privadas— desvinculadas no ya del saber internacional sino del propio país, las convierte en mecanismos ciegos de equívoca producción profesional, equívoca porque el conocimiento ciertamente es una cosa, y el entrenamiento para el trabajo otra muy distinta. Incluso la producción misma de profesionales entrenados en una específica área productiva, pasa por la coordinación de estas actividades de formación con los intereses propios de la nación —en caso de que existan—. Es de prever que sin una coordinación mínima, el sistema finalmente habrá de colapsar, aun cuando las universidades privadas alienten la —sin lugar a dudas— falsa esperanza (traducida en garantía) en sus jóvenes educandos, de la existencia cierta de puestos de trabajo. Y sobre la base de esta alentadora esperanza (suerte de vasto *marketing* sociológico) proliferan los centros universitarios privados de educación superior, que cuentan con ingentes masas de jóvenes desencantados (o encantados por la retórica de una educación para el futuro), con

recursos e incluso sin los suficientes, que optan por la educación privada, la cual ofrece estabildades que no puede la pública, sometida a desórdenes de toda laya y a la ineptia propia de los grandes mecanismos ciegos que avanzan dando tumbos sin destino cierto. Que la educación es un negocio lo saben la empresa privada y la Iglesia. En mancomunidad con el Estado, y conectados al canto de sirena de la economía neoliberal, fomentan el pronunciamiento de —como la llama Albornoz— la “proclama Cárdenas”, al mismo tiempo que diseñan un sistema educativo que usurpa (porque los de unos pocos no son los de todos) los intereses nacionales, más los propios y de nadie, es decir universales, del conocimiento, la ciencia y la tecnología. La advertencia de Albornoz es muy clara: una cosa es la escolaridad y otra la educación. Y efectivamente las escuelas y universidades privadas resuelven la escolaridad, pero poco o nada les interesa la educación, es decir, la participación activa en la producción del saber que sólo se valida en el plano internacional sin excluir, antes fortaleciendo la confrontación y la competencia académica nacional. Esto cambiaría rotundamente la naturaleza de la educación pública y sobre todo de la privada, dado que se vería forzada a repensar sus fines. En general ambas dejarían de ser fuentes y albergues somnolientos (burocráticos) o productivos —empresarialmente hablando— de *empleo*, y participarían en la sabia —y paradójica— producción de *desempleo*. De hecho, los maestros y profesores se encuentran más apegados (incluso enquistados) a las estructuras del aparato escolar que a las de la maquinaria educativa, lo que al momento de reclamar reivindicaciones hace que éstas se traduzcan mezquinamente en mejores sueldos, en estabilidad laboral, etc., **y no en mayores** posibilidades y ventajas de formación, lo que pasaría por una solvencia económica tal que permitiera la tranquila dedicación a los verdaderos problemas que atañen al universo académico. Albornoz desmiente que mejores sueldos muevan a los maestros y profesores a comprar (algún o algunos) libros. Siendo los maestros y profesores meros empleados públicos, quedan incluidos en un sistema social compartido con los demás empleados de la nación, y por ende en igualdad de condiciones (lo que no estaría mal de ser otras las condiciones). Los sindicatos o gremios median o negocian la paz social con el Ejecutivo nacional (que antes ha escuchado las reconveniones de los grandes capitales), instrumentando contratos colectivos acordados sobre la base de lo estrictamente necesario para sostener en precario pero unilateralmente

provechoso desequilibrio el desigual reparto de las riquezas. Otra la situación, pero también otro el espíritu, más allá de la vocación —incluso romántica del maestro—, y por supuesto más allá de la necesidad elemental de trabajar para comer, quizá provocaría que los maestros y profesores dejaran de ser meros *empleados* para transformarse en *trabajadores*, y en este caso específico, en *intelectuales*. De más está decir que la idea de Orlando Albornoz de la Universidad como productora de desempleo, es profundamente encantadora. Corre con la suerte de las hermosas paradojas, esos sueños barrocos del lenguaje que desarman la realidad y la abren a la saludable especulación. A la del desempleo se une la idea de una educación liberadora, no atada a ningún fundamentalismo. Así encontramos en las páginas de *Estado, Ideología y Educación*, la sana estridencia de una decidida educación secular, que ponga en su santo lugar el dogmatismo religioso. Lamentablemente, el libro (esta edición, la primera, que tengo en mis manos), presenta una cantidad innumerable de errores de transcripción que en muchos pasajes convierten en impenetrable su más elemental desciframiento. El cuidado para una próxima edición, aun cuando sólo fuera para obviar ésta, es una empresa justiciera para con este libro que el curso de la historia más actual reviste de urgencia. Complace observar el desarrollo de las ideas rodeadas por la apacibilidad de un orden de cosas apenas enardecido por contingencias íntimas, propias de un sistema cerrando y claudicante. El crítico (el “empírico” investigador social) se codea con el cinismo y no le falta el humor, una tosca elegancia, cierta tozudez que enardece y apasiona. Cuando no la probidad pueblerina —en su crítica al alcohol— sobre el argumento apenas soportable de que una empresa de licores *no puede* invertir en educación porque sus fines son otros, los del lucro y no los del conocimiento. Bemoles de un libro apasionado, escrito al calor del día a día de la prensa, los discursos y los actos públicos.

José Javier León

Instituto Zuliano de Estudios Fronterizos, Venezuela

izef@periscopio.com